

entender. Yo sabía que su pujanza es grande, y así con mi poca discrecion de milicia procuré que los de Tijola abandonasen el fuerte en que Avenabó y todos los suyos tenían puestos los ojos para su remedio, en tanto que llegaba el refuerzo de Africa, que efectivamente llegó al otro día á Castil de Ferro, y no desembarcó porque estaba batiendo á aquella plaza el duque de Sesa. Considerando todas estas circunstancias, quise, aunque hice mal de no dar antes parte de mi intento á vuestra Alteza, como era razon, evitar el daño de los cristianos, y asegurar el provecho que se les seguía de dejar los moros á Tijola. Yo, es verdad, les di el nombre, y con esto los engañé para que abandonaran la fortaleza, fugándose en aquella tenebrosa noche. Cuando sentí que casi nadie quedaba ya en el pueblo, grité *arma* por la parte de mi cuartel, habiendo oído que de otra parte se había sentido la fuga de los moros por el tercio de Nápoles. Moviése en seguida todo el campo, á pesar de la oscuridad de la noche; se tomó el fuerte, y los que primero allí entraron fueron los de mi tercio, que es el de don Lope de Figueroa, y yo con ellos; yo fui el primero que puse fuego á las casas é hice hogueras, para que los cristianos pudiesen ver lo que obraban y reconocieran á los moros; estos y sus mujeres se fueron dejando algunas reliquias suyas en tus poderosas manos; allí quedó muerto el alcaide de Tijola; y aun cuando se salvaron dos mil personas, quedó á vuestra Alteza lo principal, que era aquel fuerte en donde los moros, como tengo dicho, tenían puesta su esperanza. Sabed, señor, en compensacion de los que se fueron por mi causa, que de hoy en tres días se pondrá en tus reales manos rendido todo el poder de Avenabó; y en esto no cabe duda, porque yo lo sé del Maleh que estuvo anoche en tu campo sin ser conocido de otro ninguno mas que yo, quien preguntándole á qué había venido, me respondió que á reconocer tu ejército. Se espantó de verle, y salió amedrentado, diciendo que, á pesar de Avenabó, vendría él á rendir las armas, y haría que todo el reino se sometiese á tu obediencia. Lloró conmigo su desventura el valeroso capitán, arrepentido del mal término que ha usado con su rey y señor; yo lloré con él mi desdicha y la muerte de su querida hermana, mi señora; esto es lo que hay de cierto, y así, soberano príncipe, si me has de dar la muerte, sea pronto, y no me la dilates, porque se alargan mis penas, cuando saldré de todas ellas si luego me las das.

Aquí no pudo dejar el Tuzani de mostrar un vivo sentimiento, dando sus ojos testimonio de lo mucho que padecía. Viéndolo don Lope, y considerando el valor de tan buen soldado, se levantó echando dos ó tres por vidas, y dijo: «el soldado ha dado gran descargo de su persona, y no tiene por qué morir; yo le quiero en mi compañía, y que siga mis banderas. Mande vuestra Alteza que sea libre y se le devuelvan sus armas, que voto á tal, que si alguno matara á mi dama, no me contentaría con matarle á él solo, sino á todo su linaje.» El príncipe en vista de lo que don Lope y todos los demás que allí estaban decían, mandó soltar al Tuzani y que se le dieran sus armas. Entonces don Lope le dijo: «amigo, milita bajo de mis banderas, que yo me precio de llevar en ella soldados semejantes. Para que me sigais con mas voluntad, me llevaré el retrato de vuestra dama, que estando en mi poder podeis hacer cuenta de que está en el vuestro, y le haré poner en tabla para que no se maltrate.» El Tuzani respondió: «bien sé, inclito Marte, que así estará la causa de mi bien y de mi mal en tu poder; mas desde ahora hago cuenta de que pierdo á mi señora, y que no la veré mas; prometo servirte como leal soldado en todas ocasiones, aunque temo que ataje la muerte mi carrera, no viendo el retrato de mi dama.» Don Lope, como hombre que sabía muy bien lo que era estar amartelado, considerando que la falta del retrato podría causar al soldado una profunda melancolia, que tras ella cayese en la desespe-

racion y le causara una muerte repentina, le llamó y le entregó su retrato, diciendo: «yo ya sé lo que son estas cosas; tomad vuestro retrato, y guardadle para vuestro alivio y consuelo; pero atendid á andar siempre en mi compañía y cerca de mi persona, pues haré cuenta de que llevo con vos un amigo valeroso; ahora salios fuera, y aguardad hasta que yo salga.» El señor don Juan mandó dar sus arracadas al Tuzani, quien se salió del aposento, dejando á todos admirados de su noble proceder y mesura. El otro moro que le había vendido, pesaroso ya de lo que había hecho, y con temor del Tuzani, se salió aquella noche de Andarax, y se fué á Valor, donde estaba Avenabó. De allí adelante el Tuzani se llamó Fernando de Figueroa, y anduvo siempre en compañía de don Lope, ballándose en la naval, en la de Matrique, y en todas aquellas ocasiones en que se halló su capitán, no dejándole hasta que murió en Monzon. Entonces el Tuzani se vino á Villanueva de Alcardete, donde estaban los moriscos de Vélez el Rubio, porque allí tenía sobrinos, hijos de hermanos, y yo propio procuré verle yendo á Madrid en solicitud de un privilegio para un libro mio. Como yo estaba ya informado por algunos moriscos de la historia del Tuzani, tuve especial cuidado de buscarle y hablarle, y él me dió esta relacion que hemos contado. Vi el retrato de la hermosa Maleha, que le tenía puesto en tabla, y me pareció el rostro mas hermoso del mundo; en medio de ser pequeño tenía al rededor un letrero en arábigo que decía así:

Day faty Maleha Aynia,

que en castellano quiere decir: *señora hermosa de mis ojos.*

Volvamos ahora á nuestra historia para darla fin, ya que nos aguarda Avenabó lleno de mil pensamientos y temeroso de la muerte, con intencion de rendir las armas al señor don Juan; pero antes diremos un romance que se hizo á lo pasado, y es como sigue:

<p>Aquel castillo famoso, Que es de Tijola la Vieja, El de Austria con su poder Estrechamente le asedia. Con tres tercios le han ceñido Por el llano y por la sierra: Al mediodía don Lope Planta y hace su trinchera; A la parte tramontana Don Pedro Padilla asienta Su tercio muy sagazmente, Como aquel que lo entendiera; El buen Antonio Moreno Dentro en Tijola la Nueva, Donde asiste el buen don Juan Con la gente aventurera. En el un tercio y el otro Parece una y otra sierra; Trincheras se hacen luego, Plataformas á gran prisa; Plántanse doce cañones Para que batan la tierra. Sin otros dos que se ponen En medio de una ladera. Mas al plantar estos dos Grande escaramuza hubieron, Porque los moros lo estorbaban, Y los nuestros perseveraban; Los cuales son zamoranos, También de Toro y su tierra; Mas por ser los moros muchos Van perdiendo la ladera. Los socorre un capitán De Murcia con su bandera; Francisco Gallero ha nombre, El cual puesto en la pelea Hizo tanto, y pudo tanto, Que se plantan las dos piezas, A pesar del bando moro Que procura defenderlas. La tierra se hute luego, Las batallas dan en las peñas, Y en las torres y murallas</p>	<p>No hacen ninguna mella, Por estar muy encajada La obra y cimiento en ellas. Treinta días se han pasado; Los moros salirse acuerdan Una noche fría, oscura, Cual al caso conviniere. Llegó una noche cerrada, Que llueve, ventisca y nieva, Con terrible oscuridad, Que la causara una niebla. El nombre hurtan al campo, Que el Tuzani se lo diere. Con esto el moro se sale Marchando para la sierra. Mas no acaban de salir Cuando alarma se dió recia: Todo el campo se alborota, A la muralla se allega, Y con un valor terrible Se gana y toma la tierra. Los de Lorca los primeros, Por la muralla atraviesan, Y ponen fuego á las casas, Haciendo grandes hogueras, Porque viesen los cristianos Con quién tienen la pelea. Las dos eran de la noche Cuando cristianas banderas, Puestas en el alto alcázar, Que el aire las tremolea, España, España, diciendo Toda la gente de guerra, La Nueva y Vieja Tijola Por el rey Felipe quedan. Jueves Santo fue en la noche Cuando este asalto se diere: El campo se fué á Andarax, Donde está el duque de Sesa, El cual recibió muy bien Con su campo al de su Alteza. El duque se fué á Granada, Y el de Austria en Andarax queda.</p>
--	--

CAPITULO XXV.

El capitán Habaquí pide paces á su Alteza; tratase sobre ello, y se da fin á la guerra.

Triste, pensativo y muy corto de esperanza andaba el moro Audalla Avenabó al ver cuán mal se entablaban sus cosas, y que, desmayando sus gentes, no curaban ya de las armas, especialmente cuando llegaron las nuevas de

la pérdida del castillo de Tijola, donde todos tenían puesta su última esperanza; viendo que el turco no le asistía, que el de Marruecos no le había escrito, y que se había vuelto á Arjel el socorro que le vino de allí; que el hermano del rey de España, don Felipe, estaba en Andarax, y había juntado con su ejército el del duque de Sesa; que ya todas sus cuadrillas y capitanes no parecían, ni osaban parecer por los caminos, huyendo de oír el llanto de las mujeres y niños que andaban descarriados; no osando entrar en poblado, sino viviendo en las sierras y montes como animales, curtidos de frio, de las nieblas y soles, ateridos de hambre, y con muy corta esperanza de remedio; perdió de todo punto el ánimo, y dió de mano á la guerra, no permitiendo que por su causa se perdiesen tantas vidas. Así mandó llamar á consejo de guerra, y estando juntos todos los capitanes que á la sazón se hallaban en su campo, con las palabras mas tristes y sentidas, les habló desta manera:

«Valerosos capitanes, que habeis sostenido con tanto trabajo esta peligrosa guerra, sabed, que reconozco no ha podido hacerse mas de lo que hemos hecho, y que hemos llegado al fin della, sin poder llevar mas adelante nuestras esperanzas. El socorro que nos vino de Arjel se volvió sin tomar tierra en parte alguna; el turco no ha dado muestras de venir ni de querer saber en qué estado está la guerra; los reyes de Fez y Marruecos no han tenido consideracion ninguna de nuestros trabajos; y así en tal situacion, faltándonos estos socorros, mal podremos salir con lo pretendido. Los enemigos nos han tomado todas las fortalezas, y han puesto bastante gente de presidio en todos los lugares importantes; nos han asolado los panes, nos han llevado los ganados, nos faltan los bastimentos, y el hambre nos hace ya mas guerra que las armas; las mujeres y las criaturas padecen, y dicen que mas quieren morir ó ser cautivas, que tolerar mas tiempo su triste suerte. Por tanto, amigos y compañeros míos, tengo por conveniente que rindamos las armas al hermano de Felipe, á quien Dios presta tan soberana ventura; acábase de una vez los llantos, los sollozos, los suspiros y las muertes; suba el de Austria al punto sublime de la fortuna que el alto cielo le concede. Mas yo no tengo de rendirme á las banderas cristianas, porque así lo tengo jurado por Mahoma; me pasaré á Africa con el bando turco, y allí aguardaré el fin de mis días. Búsqese á los que quedaren la salud y la paz que tanto desean; y para esto vaya el capitán Habaquí, que es hombre que sabrá tratar con el hermano del rey un caso de tanta gravedad. Lo primero que pida sea, que al bando turco se le den bajeles, para que con toda seguridad pase al mar libico, sin que ningun daño se le haga en España, y que á los granadinos se les mantenga en sus tierras sin tomarles las haciendas. Haciendo esto el hermano de Felipe, serán luego firmadas y ratificadas las deseadas paces: este es mi dictamen y la última esperanza que nos resta. Ahora diga cada uno lo que siente sobre mi parecer; si es bueno, tómese, y si no, pase la guerra adelante, pues yo con morir correspondo á los inmensos trabajos que puedan sucedernos.»

Oído el razonamiento de Audalla Avenabó, todos los capitanes, así turcos como moros granadinos, tuvieron por acertado el designio de hacer las paces, como el único para que cesaran los trabajos y pesadumbres de que andaban todos tan cargados. Se acordó también procurar el bien de Avenabó para que no pasase á Africa sujeto á vivir en tierras ajenas; y concluido este acuerdo en el consejo de guerra para ajustar el tratado, se le dió al Habaquí una carta credencial, firmada y sellada de la mano de Avenabó. Luego que se extendió por todo el campo la voz de que se trataban medios de paz, el júbilo fué general, especialmente de parte de las mujeres que lloraban de alegría, y ya quisieran que estuviera todo concluido; mas largo se

les hacia aquel corto espacio de tiempo que quedaba de trabajos, que todos los pasados durante los dos ó tres años de la guerra. Los moros granadinos deseaban verse en sus lugares, y quietos en sus casas como antes solian, y arrebatados desta dulce esperanza, unos arrojaban las armas por el suelo, otros lloraban de contento y otros alzaban las manos al cielo, dando gracias á Dios por la merced que les hacia en acarrearles la paz; ya quisieran que el Habaquí hubiese partido al real de los cristianos para tratar de tan saludables medios.

Con efecto, luego salió este para Andarax, no menos deseoso que los demás de su bando de que Dios trajese á buen fin su negociacion, y en su compañía fueron solamente dos moriscos amigos suyos, llevando una bandera blanca en señal de paz. Cuando el Habaquí llegó cerca del campo de los cristianos, fué muy pronto observado y reconocido; por lo cual se pasó aviso al señor don Juan de que venian tres moros de paz con una bandera blanca. Mandó su Alteza que en llegando los llevasen á su posada. Y con efecto, el Habaquí se presentó á caballo con sus dos compañeros, muy bien aderezados todos, y preguntando por el señor don Juan, rogó que le dijese á su Alteza de parte del Habaquí, que venia á besarle los pies y tratar un negocio de alta importancia. Su Alteza mandó luego que entrase, y en seguida el Habaquí, apeándose de su caballo, se dirigió á la posada del príncipe, acompañado de algunos capitanes y soldados que salieron á recibirle de orden de su Alteza. Luego se hincó de rodillas ante la real presencia del señor don Juan, y se bajó para besarle los pies; mas su Alteza no lo consintió, antes levantándole del suelo le dijo, que fuese bien venido, y declaró el fin de su embajada. El discreto Habaquí sin turbacion de rostro, antes bien mostrándole muy sereno, con palabras llenas de admirable facundia, habló desta suerte:

«Honor y gloria del valor hispano,
Hijo de Carlos inclito, famoso,
A quien el alto cielo le apercibe
Mil glorias inmortales y profusas;
Que la fortuna muestra el rostro alegre
Y le señala en su movible rueda
Lugar sublime, puesto en lo mas alto:
Yo soy el Habaquí, si en algun tiempo
Mi nombre oiste andando en estas guerras,
Porque también el hado á mi me puso
En lista infame y torpe desvario,
Haciéndome seguir injustas causas
Siguiendo las banderas de los reos;
Mas ya de todo el caso arrepentido,
Con firme fe y propósito me pongo
Delante de tu real acatamiento,
Trayendo de Avenabó aquesta carta,
Porque por ella entiendas mi venida,
Y que lo que tratares será cierto.
Audalla pues te besa pies y manos,
Y pide no se niegue tu clemencia
Al reino de Granada, que humillado
Y muy arrepentido la demanda,
Y quiere reducirse y entregarse
De toda voluntad á tu grandeza.
Las armas rinden, póstranse las gentes,
Perdon demandan de sus grandes yerros;
Con lágrimas lo piden muy humildes:
Los niños y mujeres ya te llaman
Con lágrimas crecidas y gemidos,
Y dicen que en tus manos quieren todos
Morir, y no vivir en los desiertos
Pasando hambres, muertes y trabajos.
Pues, inclito varon, invicto Marte,
La guerra cese, cese la ruina,
Revolvian las banderas á las astas,
Los pifanos no suenen ni las trompas,
La pólvora no haga mas estruendo,
Los ecos por los valles no resuenen
De la arcabuceria disparada,
El humo de las piezas no parezca
Al cielo remontando como nebulas;
Ya no los acerados hierros huben
Verter la roja sangre por los campos;
Su templo Jano cierre, y á sus puertas
De la discordia el cuerno mas no suena;
Haya paz, haya bien, haya contento,
Todo se allane, todo sea justo.
Paz y clemencia, príncipe, clemencia!
Mirad el fuerte César vuestro padre,
Que della se preció muy grandemente;
Con los venidos era muy piadoso.
No mas Marte, señor, no haya mas Marte;
Felipe viva, viva tu grandeza,
Vasallos somos todos como antes;
Esténse como de antes las haciendas,
Esténse como de antes los lugares,

Las faldas como de antes contribuyan;
El bando turco pase allá en la Libia,
Y lleve tu licencia, y no le dañen;
Pase á Arjel, embárguese al momento;
Quede Avenabó puesto ya en tu gracia.
Aquestas condiciones solas pido,
Y ruego á tu grandeza las conceda
Con una piedad, cual esperamos
Que un hijo de tal César nos otorgue.
Olvídense los males cometidos,
Y pónganse en olvido las traiciones;
Advierte, gran señor, que Dios no quiere
Que muera el pecador, sino que viva,
Y que de sus errores se arrepienta,
Dispuesto á enmendar de sus culpas.
Pues, príncipe, no mas, ya no mas digo;
A lo que vine he dicho, no me vaya
De tí desconsolado ni arrojado,
Pues es de tu grandeza real el costumbre
Dar el perdón al triste que le pide.»

Estas razones dijo el valeroso capitán Habaquí á su Alteza delante de muchos caballeros y capitanes, dejándolos muy satisfechos de su buen porte, y mas alegre que todos al señor don Juan en saber que los moros de Granada querían reducirse y rendir las armas, considerando que su Majestad holgaría dello, pues había mandado que por los mejores medios que se pudiese feneciera la guerra, y que los moros fuesen acogidos á misericordia. Así el señor don Juan, mostrando el rostro alegre, respondió al Habaquí con suaves palabras lo siguiente:

«Mucho me huelgo, Habaquí, capitán valeroso, de conoceros personalmente, pues de fama ya tenía de vos larga noticia y también de vuestras cosas; porque no habeis sido pertinaz en la rebelión, y por vuestra parte habeis hecho reducir al verdadero conocimiento de su obligación á los mal mirados jefes, reprehendiendo sus malas inclinaciones. Tengo bien entendido que si Avenabó se rinde, es mas por vuestra persuasión que por su voluntad. Mas sea como se fuere, digo, que yo confirmo las paces, y doy mi palabra, en nombre de mi señor el rey, de que los moriscos serán muy bien recibidos por mí con aquella afabilidad que Dios manda y la grandeza real de su Majestad requiere; que serán regalados, traídos á su gusto, y sus haciendas, dinero, joyas y ropas, todo les será guardado, sin que nadie les quite, pida, embargue, ni estorbe cosa que sea en su daño; que los turcos se podrán ir embarcándose en Castil de Ferro libremente, sin que nadie los enoje ni perturbe su pasaje. Esto pudiera haberse hecho muchos dias antes de ahora, y no hubieran ellos pasado tantos males, ni sucedido tantas muertes así de la una parte como de la otra. En esta atención pues, ya que vos, buen capitán, habeis venido á tratar de tan saludables medios, no perderéis nada en ello, atento á que se ha reconocido vuestro buen celo, confesando ser cristiano y leal servidor de su Majestad; por cuya vida y real corona juro de hacer que él os dé una encomienda del hábito de Santiago, y con ella algo con que podais vivir como caballero honrado, tanto vos como vuestros descendientes, y juntamente privilegios reales de vuestra nobleza é hidalguía, la cual será guardada á vos y á ellos para siempre jamás. Y en señal de lo que digo y prometo, recibid de mi mano esta cadena, y también la espada que en la cinta llevo, para que de hoy en adelante os tengais por mas caballero de lo que sois, aunque sé muy bien que teneis grande calidad.»

Diciendo estas palabras el señor don Juan, se quitó del cuello una hermosa y rica cadena de oro, y se le dió al Habaquí, juntamente con la espada que tenía en la correa, que era dorada y de mucho valor. El Habaquí, hincadas las rodillas en tierra, quiso besar los pies á su Alteza, mas no se lo permitió; le besó por fuerza las manos, dándole palabra de que él haría tanto, que todo el reino se redujera y pusiese á la obediencia de su Alteza. Con esto se despidió, quedando concertado que con él vendría Avenabó y daría asiento en las paces; y para que á Avenabó le constase la verdad del tratado, su Alteza le dió al Habaquí un anillo de oro, en que estaban talladas y esculpidas las armas imperiales de su padre. En seguida salió el Habaquí de Andarax tomando el camino de Valor, don-

de estaba Avenabó, llevando consigo á los dos compañeros que trajo, y que maravillados de los ofrecimientos que su Alteza había hecho al Habaquí, y de los regalos que le había dado, concibieron contra él una envidia mortal.

Cuando el buen Habaquí llegó de vuelta á Valor, todo el campo salió á recibirle, y muchos capitanes, amigos suyos, se holgaron de verle venir tan bien aderezado con aquella rica cadena de oro y la espada dorada. Preguntaronle en qué estado quedaban las cosas, y él les refirió todo lo que había pasado, con lo cual se alegraron mucho, dando gracias á Dios por tan buen suceso. El Habaquí se presentó luego á Avenabó refiriendo cuanto le había pasado con el señor don Juan, que había manifestado mucha alegría de la proposición de las paces, y prometido hacer mucho bien al estado granadino; que quedaba concertado irían los dos juntos á ver al señor don Juan, para dar firme asiento á las paces deseadas; de todo lo cual se mostró muy satisfecho Avenabó, y determinó pasar allá inmediatamente para dar fin á las cosas de la guerra y sacar el mejor partido posible. Así lo hiciera con efecto, si lo consintiese la variable fortuna, ó si algun demonio no urdiera otra trama en contra de lo que estaba ya tratado.

Fué así: estando concertados en que irían Avenabó y el Habaquí en compañía de algunos capitanes á besar las manos del señor don Juan, entraron luego aquella misma noche á hablar con Avenabó los dos moros que acompañaron al Habaquí, los cuales llenos de ponzoñosa envidia le dijeron: «mira, rey Audalla, lo que haces, y de quién te fias; tú enviaste al Habaquí á procurar el bien de todos y tu salvación; pero él ha procurado mas por su persona que por la tuya y la de todos, prometiendo, como si fuera rey, que haría se redujese todo el reino de Granada, á pesar tuyo y de todo el mundo. Por eso le dió don Juan aquella rica cadena de oro y la espada, que vale una ciudad; él prometió llevarte preso á su presencia. Abre pues los ojos, y mira hoy por tí, porque si vas, mañana no volverás, ni has de ver concluidas las paces deseadas; considera que porque te llevara preso á su presencia le prometió hacer caballero del hábito de Santiago con grandes privilegios, y que le daría bienes con que vivir siempre cómodamente él y todos sus descendientes. ¿Te parece bien, famoso Audalla, que á tu costa triunfe el Habaquí, que él solo se lleve la gloria y honra del rendimiento de las armas y la reducción del reino, y que exclusivamente á él se hagan tan singulares mercedes? Pues si así lo quieres, hágase tu gusto, que nosotros con esto cumplimos la obligación que tenemos de serle leales, y á lo menos no dirás que no fuiste avisado con tiempo para que pudieras remediarte.»

Así hablaron á Avenabó estos traidores. ¡Oh, gente infame y desleal! De muy lejos te viene ser falsa y mas mudable que la veleta que está al viento; así por tu falta de fe vinieron á perderse muchas monarquías de reyes moros. ¡Oh, por el contrario, noble gente española, Dios te guarde y bendiga, pues por tu valor y lealtad tu rey ha venido á sojuzgar el mundo! Pues así, como el falso Avenabó tuviese ciegos los ojos de la razón, creyó luego los malos consejos y falaces acusaciones que le dieron contra el buen Habaquí, y muy indignado acordó hacerle matar, y para ejecutarlo sin escándalo mandó á aquellos capitanes y soldados, que sabía eran sus mayores amigos, que con cierta gente escogida salieran á guardar unos pasos de que se recelaba, mientras se asentaban las paces. Luego que los capitanes susodichos partieron, dijo Avenabó que quería ir á Pitos de Ferreira, donde su presencia era necesaria; y así se marchó allá con mil hombres, llevando consigo al Habaquí, y estando allá mandó un dia á este que viniera á su posada, y le habló desta suerte:

«Di, infame y falso Habaquí, ¿es esa la lealtad que me has tenido? ¿Así me pagas las singulares mercedes que

te he hecho, los bienes que te he dado, y la autoridad que tienes como general supremo de todo mi campo, después de mi persona? ¿Así correspondes á la confianza que he hecho de tí, poniendo en tu mano todas mis cosas, y dándote mi comisión y carta credencial para el hermano del rey de España, á fin de que por mí y en mi nombre dieseis asiento en las paces? ¡Tú vas allá y negocias por tí, atribuyéndote la honra y gloria del rendimiento de las armas y restauración del reino, y das palabra de llevarme preso ó muerto á la presencia del general de los cristianos! ¿Entendias que faltaria quien me diese aviso de tu traición? Muy contento volviste con tu cadena de oro, la espada dorada, y esperanza de la merced del hábito de Santiago; pues hágote saber, que no verás ese dia, que por Mahoma, que te haga yo poner en un palo, para que tu muerte infame sirva de escarmiento á otros que intenten ser traidores, como tú lo has sido conmigo.»

Espantado y muy atónito se quedó el buen Habaquí de las razones de Avenabó, y como estaba exento de culpa en todo aquello que le imputaba, sin mostrar punto de turbación, y como hombre de valeroso ánimo, respondió deste modo:

«No sé qué causa haya habido, rey Audalla, para que me trates de traidor, no habiéndolo sido jamás, ni á tí ni á otra persona en el mundo, porque no me viene de línea serlo. Me enviaste á don Juan para que en tu nombre diese asiento en las paces, y yo hice en ello lo que era obligado, hablando por tí como mensajero leal. Si el señor don Juan me dió por su gusto una cadena de oro y esta espada, no por esto incurri en traición; y si me ofreció hacer caballero del hábito de Santiago, no hay duda en que á tí te diera mas. Yo dejé tratado que tú y yo iríamos á verle, y allí se daría la conclusión de las paces; si no quieres ir, y de mí no te fias, yo en tu nombre me ofrezco á hacerlas. Sin razón alguna te has indignado contra mí, pues sabes bien que te he servido lealmente, y no puede ser menos que hayan intervenido traidores á indisponerme contigo. Sabe ciertamente, Audalla, que todo el campo estaba amotinado contra tí, y había muchos conjurados para darte muerte, y por mi respeto se apaciguó todo, y conservas la vida. Pues si esto es así, y lo sabes tan de cierto, ¿por qué me das el nombre de traidor? Haz de mí lo que quieras, que si me mandas dar muerte, no faltará en el campo quien la venga, y aun si me faltare, sé de cierto que Dios me ha de vengar de tal modo, que viéndolo has de sentir mil muertes; pues Dios mira que ha sido siempre bueno y justo mi celo, y sabe que contra mi voluntad he seguido las banderas moriscas; porque soy verdadero cristiano, redimido con la sangre de Cristo crucificado; y si hoy trataba yo las paces, no era por otra cosa que por el remedio de las almas de los rebeldes. No tengo mas que decirte, haz á tu voluntad, que estoy dispuesto á morir por Dios.»

Con esto el buen Habaquí dió fin á sus razones, las cuales fueron mal entendidas y peor consideradas por Avenabó; y así, poseído de una furia infernal le mandó prender y en seguida ahorcar. Prendiéronle luego, y sin embargo de apelación ni de descargo le llevaron al pié de una zarza con las manos atadas atrás, y le echaron el lazo al cuello, llevando á ejecución el cruel mandamiento. El buen Habaquí, viéndose solo y desamparado de sus amigos, rogó á los que le iban á ahorcar que suspendiesen el acto de aquella injusticia mientras hablaba dos palabras con Dios; y así puestos los ojos en el cielo dijo con muchas lágrimas esta devota oración:

Cristo Dios, que en un madero
Moriste, Señor, por mí,
Hoy ampárome de tí,
Pues por tu ley santa muero.
No mires á mis pecados,
Sacrosanto Redentor,
Mas con puro y grande amor
Sean por tí perdonados.

De mi parte está ofenderte,
De la tuya el perdonarme:
No quieras desampararme,
Pues acertó á conocerte.
Muy grandes son mis pecados,
Bien lo tengo en la memoria;
Mas, Señor, misericordia;
Sean por tí perdonados.

Que te ofendí lo confieso,
Que fui malo y fui traidor,
Mas no me juzgues, Señor,
Conforme á mi pecador.
Conforme á tu gran bondad
Me juzga, muy gran Señor,
No mires mi grande error,
Ni mi perversa maldad.

Recibe, Señor, mi alma,
Que presto estará en tus manos,
Y el cuerpo entre los gusanos
Se quedará puesto en calma.
Hasta que vengas, Señor,
A juzgar vivos y muertos,
Quedaré en estos desiertos,
Aguardando en tu favor.

Mas quisiera decir el buen Habaquí implorando el auxilio de Dios; pero no le dieron lugar los envidiosos de su gloria, sino que lo suspendieron de una carrasca, donde murió como cristiano católico, mostrándolo en clamor á Dios y á su bendita Madre para que le asistiese en aquel paso trabajoso.

Luego que fué ahorcado el Habaquí, toda la gente de guerra considerando el mal porte de Avenabó con tan valeroso capitán, se amotinó contra él de tal suerte, que le convino huir de la furia de los amotinados, con un número muy corto de soldados que le siguieron; y sabiendo quienes habían sido causa de la muerte del buen Habaquí, los cogieron y en la misma carrasca los ahorcaron, sin ser nadie parte para poderlos librar. Recogido el cuerpo del Habaquí, se le dió sepultura honrada, mostrando todos en sus lágrimas el grande sentimiento que les causaba su pérdida. Luego se supo por todas partes esta injusta muerte, y los capitanes amigos del valeroso Habaquí, á quienes Avenabó había entretenido fuera de Valor, fueron á buscarle para darle muerte; pero el traidor se escondió, y no le podían hallar. Supose también esta infausta nueva en el real del señor don Juan, y á su Alteza y á todo su campo les pesó grandemente. ¿Quién pudiera contar el desconsuelo de las moras y moros, que perdiendo la esperanza de las paces se lamentaban vertiendo un raudal de lágrimas por la muerte del buen Habaquí?

Viendo pues el Maleh, el capitán Avenabó de Cantoria, el Mozalban, el Dali y Arrendate, que el Habaquí había dejado propuestas las paces bajo las condiciones designadas, determinaron pasar juntos á Andarax á hablar á su Alteza para la confirmación de ellas y conclusión del tratado. Y así, en compañía de mucha gente y de todas sus banderas, fueron á ponerse en manos del señor don Juan, siendo concertado que las armas se rindiesen en Granada, en Guadix y en Almería, y que todos se restituyesen á sus lugares, aguardando las órdenes que se les dieran; que los turcos fueran á embarcarse á Castil de Ferro, como en efecto marcharon con escolta y buena custodia, que los asistió hasta dejarlos embarcados, aunque mejor fuera que los degollaran á todos. Viendo los demás capitanes y su gente que las paces estaban ya confirmadas, acudieron á rendir las armas al señor don Juan, siendo todos bien admitidos, y recibiendo especiales mercedes de su Alteza. Todas las gentes se volvieron á descansar en sus lugares, dando gracias á Dios por un favor tan señalado como el de las paces. Unos iban á Almería, otros á Granada, y allí entregaban las armas: Alrocaime y Abonuaile con sus compañías se fueron á Guadix. Finalmente, todo el reino se redujo y rindió las armas; solamente quedaba Avenabó con unos quinientos moros, pues no le seguía otra gente; y así salían de Granada á buscarle para prenderle ó matarle; y con efecto, toda su gente fué muerta y destrozada, y al fin él también hallado y preso; y llevándole á Granada montado en una mula, de propósito se dejó caer de unas peñas abajo, y vino á dar en una rambla muy honda hecho pedazos. Allí le cortaron la cabeza y la llevaron á Granada, do está en una jaula de hierro en la puerta del Rastro, con un letrero encima que hoy parece, y dice desta suerte:

Aquesta cabeza es
Del grande perro Avenabó,
Que con su muerte dió cabo
A la guerra é interés.

Los moros, que quedaban todavía muchos, se pasaron á Africa, y todos los demás que quisieron se redujeron. Tuvo noticia el señor don Juan de que estaba enterrado

en Andarax don Fernando de Valor, que habia sido rey y muerto como cristiano; por lo cual mandó su Alteza que sus huesos fuesen llevados á Guadix; lo mismo se hizo con el cuerpo del Habaquí, sepultándole honrosamente en su patria, y poniendo encima de su sepulcro este epitafio:

Aquí yace sepultado El Habaquí valeroso, Que por ser hombre famoso Fué de traidores odiado. Su alma goza del cielo Porque murió buen cristiano, Y él de Austria con franca mano Merced le hizo en el suelo.

Mucho sintió Guadix y toda su tierra la muerte del valeroso capitán Habaquí, siendo de todos bien quisto por sus buenas prendas y costumbres. El señor don Juan, dado asiento á las paces, y viendo que no quedaban ya moriscos que no estuviesen reducidos, se fué á Guadix, y de allí dió cuenta á su Majestad de lo que pasaba. En seguida mandó su Majestad que los moriscos fueran sacados de sus tierras y llevados á Castilla, á la Mancha y á otras partes mas distantes del reino de Granada. Publicado este mandamiento, luego se puso por obra su expulsión del reino. ¿Quién podría ahora explicar el profundo dolor que sintieron los granadinos, al ver que se les mandaba salir de sus tierras? No fué menor que en los cartaginenses, cuando después de rendidas las armas les fué mandado que dejaran á Cartago para que fuese solada. ¿Cuántas lágrimas se derramaron en todo el estado granadino, al tiempo que los moriscos se despedían de sus tierras! Con qué pesadumbre lloraban las mujeres mirando sus casas, abrazando las paredes y besándolas muchas veces, al traer á la memoria sus glorias pasadas, su presente destierro y sus trabajos por venir! Decían las desventuradas sollozando: ¡ay, Dios mio, ay tierras mías, que no esperamos veros mas! Muchos pronunciaban aquellas mismas palabras que dijo Eneas al salir de Troya: «¡Oh tres y cuatro veces fortunados aquellos que peleando murieron al pié de sus muros; pues al fin quedaron en sus tierras, aunque muertos!» Así se lamentaban los moriscos piadosamente llorando; mas si supieran que al fin de tantos trabajos habian de arrancarlos de su patria, mil muertes murieran antes de rendir las armas, ni

haber hecho las paces. Finalmente, los moriscos fueron sacados de sus tierras; y fuera mejor que no se les sacara, por lo mucho que han perdido dello su Majestad y todos sus reinos. Este fin tuvieron las guerras granadinas, al cabo de mil años que los alarbes habian entrado en España, reinando el señor don Felipe, segundo deste nombre, á quien Dios nuestro señor guarde largos años.

Sacólas en limpio y acabólas Gines Perez de Hita, vecino de Murcia, en 22 de noviembre de 1597.

Del capítulo pasado se hizo este romance.

Temeroso de la muerte Estaba Avenabó Andalla, Viendo como ya la guerra Con su daño se acababa, Y también sus capitanes Ya no curan de las armas, Y los niños y mujeres Por las paces suplicaban. Al fin acuerda rendido Pedir á don Juan de Austria, Que las paces le conceda, Como las pide y demanda. Que las haciendas se queden En los moros de Granada, Como solían estarlo. Pagando su pecho y farda; Y que los turcos se embarquen Pasando la mar salada. Para tratar de las paces Al buen Habaquí enviara Porque es hombre muy prudente Y discreto en cualquier habla. Marchándose el Habaquí, Para Andarax caminaba, Adonde asiste su Alteza, Y le espuso la embajada, Pidiendo las condiciones Que Avenabó demandara. El buen don Juan las otorga Con voluntad pura y llana, Y al Habaquí, porque vino Á traer esta embajada, Le dió una cadena de oro Y una espada muy dorada. Con esto tornó á Avenabó, Ya las paces concertadas; Mas traidores con envidia Al Habaquí maltrataban. Dando á entender á su rey Que grande traicion le armaba, Por que selle llevar preso, Y entregarle á don Juan de Austria, Con la honra de las paces Para su bien ajustadas.

Avenabó con enojo Que le ahorquen luego manda, Lo cual al punto fué hecho Del ramo de una carrasca. Murió el Habaquí cristiano Dios perdone la su alma: Mucho le pesó á don Juan De su muerte desastrada. Todo el escuadrón morisco Se rebela contra Audalla, Y así este se va huyendo Junto á la Sierra Nevada. Allí en una oscura cueva Tiene el moro su posada. Con muy pocos que le siguen De los montes, gente mala. Luego los mas capitanes De la chusma rebelada, Abenax de Cantoria, El Maleh y su mesnada, Con otros no pocos moros A Andarax hacen jornada, Y allí confirman las paces, Como estaban ya tratadas. A Guadix partió su Alteza, De allí envia embajada, Haciendo saber al rey De las paces ya asentadas. Su Majestad mandó luego Que saliesen de Granada Todos los moros y moras Y los de las Alpujarras, Y que pena de la vida A aquel que en contrario haga. Mucho sintieron los moros Aquesta nueva demanda, Que mas quisieran morir, Que dejar su dulce patria. Mas al fin todos la dejan, Y á Castilla se trasladan De toda la Andalucía Y Sevilla la nombrada, Fijándose en otras tierras Fuera de lo que es Granada.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DE LAS GUERRAS CIVILES DE GRANADA, Y DEL TOMO TERCERO DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DE LAS GUERRAS CIVILES DE GRANADA, Y DEL TOMO TERCERO DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DE LAS GUERRAS CIVILES DE GRANADA, Y DEL TOMO TERCERO DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

INDICE.

ADVERTENCIA. V
DISCURSO PRELIMINAR.
Introduccion. VII
La Celestina. XII
Novela picaresca. XXI
Novela amatoria. XXVIII
Novela miscelánea. XXXI
Novela histórica. XXXIII
Conclusion. XXXVI
LA CELESTINA.
El autor á un su amigo. 1
El autor excusándose de su yerro en esta obra. 2
Prólogo. 2
Acto primero. 5
Acto segundo. 16
Acto tercero. 18
Acto cuarto. 20
Acto quinto. 26
Acto sexto. 27
Acto séptimo. 32
Acto octavo. 37
Acto noveno. 40
Acto décimo. 44
Acto onceavo. 48
Acto doceavo. 50
Acto treceavo. 56
Acto catorceavo. 58
Acto quinceavo. 61
Acto dieciséisavo. 63
Acto diecisieteavo. 64
Acto dieciochoavo. 66
Acto diecinueavo. 68
Acto veinteavo. 71
Acto vigésimo primero. 75
LAZARILLO DE TORMES.
Prólogo. 77
TRATADO PRIMERO. — Cuenta Lázaro su vida, y cuyo hijo fué. — Asiento de Lázaro con un ciego. 78
TRAT. II. — Cómo Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó. 81
TRAT. III. — De cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él. 84
TRAT. IV. — Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaeció con él. 88
TRAT. V. — Cómo Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó. 88
TRAT. VI. — Cómo Lázaro se asentó con un capellán, y lo que con él pasó. 89
TRAT. VII. — Cómo Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaeció con él. 89
SEGUNDA PARTE, POR INCIERTO AUTOR.
CAPÍTULO PRIMERO. — En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos, y lo que con ellos pasaba. 91
CAP. II. — Cómo Lázaro, por importunacion de amigos, se fué á embarcar para la guerra de Arjel, y lo que allí le acaeció. 94
CAP. III. — Cómo Lázaro de Tormes hecho atun salió de la cueva, y cómo le tomaron las centinelas de los atunes, y lo llevaron ante el general. 95
CAP. IV. — Cómo después de haber Lázaro con todos los atunes entrado en la cueva, y no hallando á Lázaro sino á los vestidos, entraron tantos que se pensaron ahogar, y el remedio que Lázaro dió. 95
CAP. V. — En que cuenta Lázaro el ruin pago que le dió el general de los atunes por su servicio, y de su amistad con el capitán Licio. 96
CAP. VI. — En que cuenta Lázaro lo que al capitán Licio, su amigo, le acaeció en la corte con el gran capitán. 98
CAP. VII. — Cómo sabida por Lázaro la prision de su amigo Licio, le horó mucho él y los demás, y lo que sobre ello se hizo. 98
CAP. VIII. — De cómo Lázaro y sus atunes, puestos en orden, van á la corte con voluntad de libertar á Licio. 99
CAP. IX. — Que contiene cómo Lázaro libró de la muerte á Licio su amigo, y de lo mas que por él hizo. 100
CAP. X. — Cómo reconociendo Lázaro todos los atunes, entraron en casa del traidor de don Paver, y allí le mataron. 101
CAP. XI. — Cómo pasado el alboroto del capitán Licio, Lázaro con sus atunes entraron en su consejo para ver lo que harían, y luego enviaron su embajada al rey de los atunes. 101
CAP. XII. — Cómo la señora capitana volvió otra vez al rey, y de la buena respuesta que trajo. 102

Páginas.
CAP. XIII. — Cómo Lázaro asentó con el rey, y cómo fué muy su privado. 103
CAP. XIV. — Cómo el rey y Licio determinaron de casar á Lázaro con la linda Luna, y se hizo el casamiento. 104
CAP. XV. — Cómo andando Lázaro á caza en un bosque, perdido de los suyos, halló la Verdad. 105
CAP. XVI. — Cómo despedido Lázaro de la Verdad, yendo con las atunas á desovar, fué tomado en las redes, y volvió á ser hombre. 105
CAP. XVII. — Que cuenta la conversion hecha en Sevilla, en un cadabalso, de Lázaro atun. 106
CAP. XVIII. — Cómo Lázaro se vino á Salamanca, y la amistad y disputa que tuvo con el rector, y cómo se hubo con los estudiantes. 108
SEGUNDA PARTE, POR H. LUNA.
A los lectores. 111
CAPÍTULO PRIMERO. — Donde Lázaro cuenta la partida de Toledo para ir á la guerra de Arjel. 112
CAP. II. — Cómo Lázaro se embarcó en Cartagena. 115
CAP. III. — Cómo Lázaro salió de la mar. 114
CAP. IV. — Cómo llevaron á Lázaro por España. 114
CAP. V. — Cómo llevaron á Lázaro á la corte. 115
CAP. VI. — Cómo llevaron á Lázaro á Toledo. 115
CAP. VII. — De lo que le sucedió á Lázaro en el camino del rio Tajo. 116
CAP. VIII. — Cómo Lázaro pleiteó contra su mujer. 117
CAP. IX. — Cómo Lázaro se hizo gana-pan. 118
CAP. X. — De lo que le sucedió á Lázaro con una vieja alcabueta. 113
CAP. XI. — Cómo Lázaro se partió para su tierra, y de lo que en el camino le sucedió. 120
CAP. XII. — De lo que le sucedió á Lázaro en una venta, una legua antes de Valladolid. 121
CAP. XIII. — Cómo Lázaro sirvió de escudero á siete mujeres juntas. 125
CAP. XIV. — Donde Lázaro cuenta lo que le pasó en un convite. 124
CAP. XV. — Cómo Lázaro se hizo ermitaño. 125
CAP. XVI. — Cómo Lázaro se quiso casar otra vez. 126
EL PATRAÑUELO.
Epístola al amantísimo lector. 129
Patraña primera. 130
Patraña segunda. 131
Patraña tercera. 134
Patraña cuarta. 134
Patraña quinta. 137
Patraña sexta. 138
Patraña sétima. 139
Patraña octava. 141
Patraña novena. 143
Patraña décima. 144
Patraña onceava. 143
Patraña doceava. 137
Patraña treceava. 135
Patraña catorceava. 134
Patraña quinceava. 135
Patraña diez y seis. 137
Patraña diez y siete. 138
Patraña diez y ocho. 138
Patraña diez y nueve. 139
Patraña veinte. 141
Patraña veinte y una. 142
Patraña veinte y dos. 144
DOCE CUENTOS DE JUAN ARAGONÉS. 166
EL SOBREMESA Y ALIVIO DE CAMINANTES.
Primera parte. 169
Segunda parte. 177
GUZMÁN DE ALFARACHE.
Al vulgo. 183
Al discreto lector. 186
Elogio de Alonso de Barros. 187
PARTE PRIMERA. — LIBRO PRIMERO.
CAPÍTULO PRIMERO. — En que cuenta quién fué su padre. 188
CAP. II. — En que Guzmán de Alfarache prosigue contando quiénes fueron sus padres, y principio de conocimiento y amores de su madre. 191
CAP. III. — Cómo Guzmán salió de su casa un viernes por la tarde, y lo que le sucedió en una venta. 193
CAP. IV. — En que Guzmán de Alfarache refiere lo que un arriero le contó que le habia pasado á la ventera de donde habia salido aquel dia, y una plática que le hicieron. 197
CAP. V. — De lo que á Guzmán de Alfarache le acaeció en Cantillana con un mesonero. 200